

CIRCE. JULIO CORTÁZAR Y LA ODISEA

Hace unos meses reseñé esa obra maestra de la circularidad, la perfección y el eterno retorno literario que es *Continuidad de los parques*, destacando que la obra de Cortázar, generalmente, atiende a los parámetros «SIT» que él mismo definió como requisitos imprescindibles para que una obra literaria perdurara en el tiempo: significación, intensidad y tensión. ¿Qué es la significación? Para un cristiano el *via crucis* será el más significativo de los temas: pero eso no lo hace literario.

«Un cuento es significativo cuando quiebra sus propios límites con una explosión de energía que ilumina más allá de la anécdota que narra».

Nos suena, ¿no? La intensidad es lo que se suele conseguir rara vez, porque depende de la intuición del escritor como escritor, tanto como de su experiencia como lector. Narradores ingenuos (por no decir otra cosa) como Luis Alberto de Cuenca, Pombo o Carmen Posadas pensarán que basta con elegir un tema que les resulte conmovedor para conmover, a su vez, al lector. Pero falta la hechura, el oficio, aquello que ayuda a conseguir el clima que obliga a seguir leyendo, aislando al lector de lo que le rodea para conectarlo a una realidad más honda o hermosa (o terrible). ¿Qué es la intensidad? La intensidad es la eliminación de los rellenos o fases de transición. Como decía Ernest Hemingway, es «el detector de mierda que hace a un escritor un gran escritor».

¿Y la tensión? La tensión para Cortázar era la característica esencial de un gran relato. Para él un buen cuento es incisivo, mordiente, sin cuartel desde la primera palabra: no puede el escritor proceder acumulativamente, y esto es porque no tiene como aliado al tiempo. Hay que escribir contando como único recurso con la profundidad; es decir, hacia arriba o hacia abajo del espacio literario, porque espacio y tiempo deben ser condensados, sometidos a una alta presión espiritual y formal. Las digresiones que no hacen avanzar la historia, que la condenan al aburrimiento como en los libros de Eugenio Sue o Mika Waltari (el príncipe Geovanni Ángeles, sí, hombre, el descendiente de la sacra estirpe de los herederos del trono de topacio y lapislázuli etc.) pertenecen a esos libros que se olvidan prácticamente en cuanto se han terminado de leer (si el lector tuvo la valentía de terminarlos).

¿Por qué se titula un relato *Circe*? ¿El mero nombre ya hace significativo lo que se va a tratar? No, solo la literatura de Joyce o de Cortázar trascienden la relevancia del nombre aparejado con lo mítico, lo que es un reto enorme para cualquier escritor. Elegir el mito para contar algo más, algo diferente sobre él o quebrar nuestra realidad proponiendo asociaciones que modifican nuestra visión de la vida y con ello nuestra propia vida, es la misión de la literatura: no se trata de dar respuesta a problemas, contestar interrogantes o encontrar la verdad. Se trata de ahondar en el terreno que le es propio a la literatura, el de las paradojas terminales de la existencia. Y las que viven los personajes de Cortázar en este cuento son asombrosas.

Pero vamos con la Circe de *La Odisea*. El libro de Homero y Robert Graves (*Los mitos griegos*) nos cuentan que:

Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com

Gobernaba en la isla Eea, como diosa hija de Helio y Perse y hermana de Eetes, el temible rey de la Cólquide. Circe conocía todo tipo de encantamientos, pero sentía poco amor por la especie humana. Dio tres hijos a Odiseo: Agrio, Latino y Telégono.

En *La Odisea* sirve una comida de cebada, miel, queso y vino a los marineros con un ligero toque de adormidera y cuando están dormidos los transforma en puercos salvajes. Odiseo puede correr la misma suerte, pero Hermes lo ayuda con una flor llamada 'moly' que le volvió resistente a sus hechizos. Como Odiseo se enfureció una miaja y sacó la espada, la diosa prometió no tramar más ardides contra él: Odiseo acepta compartir lecho y mesa con una diosa (gran esfuerzo debió ser) a cambio de que devolviera a sus marineros su forma original. La diosa ayuda a Odiseo a encontrar el camino al Hades e invoca el viento del norte para agilizar su travesía entre Ilión e Ítaca, donde podrá consultar a Tiresias libremente. Después de departir con su madre, que se ha quitado la vida, y sus compañeros de armas muertos en la campaña de Troya, vuelve a los brazos de Circe. Esta le recibe como una mujer enamorada que ha perdido la arrogancia del poder divino y que, además, acepta su partida sumisamente. Y más: advierte del procedimiento que hay que seguir ante las sirenas y avanza lo que ocurrirá con Escila y Caribdis. Lo que está haciendo Ulyses (ahora y después con Calipso) es visitar los restos de antiguas sociedades matriarcales e imponer lentamente el patriarcado en la mente de cada griego, que no debe olvidar que mientras él se lo pasa fetén con las diosas que lo sirven, su mujer Penélope está obligada a guardar luto y tejer durante el resto de su vida.

En *La Odisea*, la casa en la que vive Circe es descrita como una mansión de piedra que se alza en mitad de un claro en un denso bosque. Alrededor de la casa rondan leones y lobos, que en realidad son las víctimas de sus poderes: al parecer la edad de oro (siempre se nos intenta convencer de que la edad en la que vivimos es la edad de oro de la humanidad) debe erradicar la brujería de las entidades femeninas y otorgar el respeto y el miedo al macho de la especie, que es tan vengativo y cruel (si no, veamos el final de la *Odisea*) como la diosa-bruja, pero sabe ser racional como Ulyses.

Vamos con el relato de Cortázar. No sabemos quién es el narrador, que al principio adopta un aire de remilgada curiosidad. En sus cuatro intervenciones directas nos vamos a encontrar frases como: «Yo me acuerdo mal de Delia. Era fina y rubia, demasiado lenta en sus gestos (yo tenía doce años y el tiempo y las cosas son lentas entonces)». Una segunda intervención del narrador nos habla de Mario: «Yo me acuerdo mal de Mario, pero dicen que hacía linda pareja con Delia». En una tercera intervención, Cortázar nos da otra clave (las dos primeras son vitales) de la intención del cuento: «Ahora ya es más difícil hablar de esto, está mezclado con otras historias que uno agrega a base de olvidos menores, de falsedades mínimas que tejen y tejen por detrás de los recuerdos». Y una última intervención directa de un narrador que se

distancia cuando quiere y cuando quiere se hace omnisciente. Cuando en cualquier otro esto nos parecería un artificio con mucho sesgo, aquí lo podemos pasar por alto. ¿Por qué? ¿Por qué a Cortázar sí y a otros no? Porque lo que cuenta y lo que esconde es de una potencia tal que el lector ya está mezclado con otras historias que uno agrega a base de olvidos menores, de falsedades mínimas que tejen y tejen por detrás de los recuerdos.

«Había que cerrar los ojos para adivinar el sabor, y Mario obediente cerró los ojos y adivinó un sabor a mandarina, levísimo, viniendo de lo más hondo del chocolate».

Podemos extraer cualquier interpretación que queramos de cada intervención del narrador, pero parece que no solo se está refiriendo a la historia de Mario y Delia Mañara, sino al mismo lector. Aunque el narrador tuviera doce años entonces, los gestos de Delia siguen siendo demasiado lentos ahora. Mario hace linda pareja con Delia, la pregunta que el lector se hace es: ¿con quién más podrían hacer pareja estos dos? Mario, ahora lo veremos, es un individuo marginal, comunicativo y violento. Delia... también lo veremos. La tercera intervención es una declaración de la intención literaria del autor en toda regla. Esas falsedades mínimas que tejen y tejen por detrás de los recuerdos hacen referencia a la tarea de un gran escritor, interesado en que el lector se centre en ciertos aspectos (falsedades) y obvie los que están sugeridos, escondidos o dimensionados. En este relato huelga decir que los aspectos son la intrahistoria de Mario y Delia y la historia externa de la rumorología del pueblo, que ha adjudicado el papel de mujer fatal, y con ello la identificación con Circe, a Delia.

No sin motivo. El narrador nos cuenta que dos de los antiguos novios, Héctor y Rolo, de Delia desaparecieron. Uno fallece de ataque al corazón, algo incomprensible para el pueblo, pues era un tipo sociable y tranquilo *que frecuentaba los cafés y tenía un Chevrolet* (quién que tenga un chevrolet sufriría un ataque al corazón...). El otro se suicida en las mismas escaleras de los Mañara y la familia de Mario asegura haber oído gritos estrangulados y gorgoritos extraños en el interior antes de la muerte.

El narrador nos cuenta que a Mario le fascinan las compañías de Delia. Los gatos y las mariposas se le acercan, el narrador no sabe si por cariño sumiso o miedo; tiene cierta habilidad tocando el piano y... no sale de la casa con él sin una carabina adecuada: sus padres. También nos cuenta que la repugnancia que sienten en el pueblo hacia Delia y su familia se debe a esas dos desapariciones, pero Mario cree que es por envidia, tanto que admite que su familia es una mierda, como él, y por eso envidian su clase.

En dos o tres ocasiones Mario defiende su «amor» con violencia. No lo vemos relacionarse con nadie que no sean los Mañara (y con estos apenas abre la boca) y con quien se relaciona lo hace a golpes o «puteando de arriba a abajo». La rumorología va ganando terreno en la mente de Mario. «¿Y si...?». Pero esperar una explicación de Delia es esperar demasiado. Su propia familia trata lo de los dos anteriores novios como si no hubiera ocurrido y ellos aún estuvieran por allí. La forma de relacionarse de los Mañara no es solo extraña, es inquietante, y solo un individuo *outsider* como Mario puede sentirse bien en un clima como este.

CIRCE. JULIO CORTÁZAR Y LA ODISEA

Más adelante, nos enteramos de que Delia tiene varios talentos más. O quizá no. Los bombones, la adivinación, la lentitud. Mario no atiende a las miradas de los Mañara y le trae los ingredientes que Delia pide en una lista para ahorrarles un dinero. Pero lo que los Mañara temen no es el gasto, sino algo que Mario y el lector, quizá, aún no han visto. Delia vaticina la muerte del pez que Mario está mirando en ese momento con una imagen impresionante de Cortázar: «Su ojo frío miraba a Mario como una perla viva. Mario pensó en el ojo salado como una lágrima que resbalaría entre los dientes al mascararlo». Efectivamente el pez aparece muerto al día siguiente, pero no tenemos más información a favor o en contra de los talentos de augur de Delia. El narrador nos cuenta que Delia se atreve a abrazar a Mario y besarlo en la mejilla (varios meses después de empezar el noviazgo, con veintidós años ella y diecinueve él) porque le trae los ingredientes y Mario se lanza. Pide su mano y ella mira el suelo temblando:

—Entonces sos mi novio.

La respuesta de ella ya debería darnos todo lo que necesitamos saber. Salvo que seamos Mario o unos ingenuos pantagruélicos (o volterianos) que creen que esta es una historia de amor, el lector tiene que haberse dado cuenta ya de que Delia no es una mujer fatal. Ni siquiera es una mujer aún.

¿Qué clase de persona tiene habilidades musicales, se entiende mejor con los animales que con las personas (aunque sea para hacerles daño), carece de toda empatía y se queda mirando juguetes y pastillas hasta cansarse? ¿Qué clase de persona prefiere estar en compañía de sus padres que de alguien que, supuestamente, ha elegido ella como compañero sexual? ¿Por qué Delia se pone nerviosa en la feria hasta que Mario le compra esas cosas? Porque todos los autistas siguen un patrón de comportamiento que cuando se quiebra plantea bloqueos psicológicos enormes. Hay muchos grados de autismo y la enfermedad de Delia en este momento de la narración ya es conocida, pero no por la gente del pueblo. Que sea conocida, desde luego, no implica que la familia no se avergüence de ello. En tres ocasiones Mario tiene la sensación de que se sienten agradecidos hacia él porque se la quita de encima: cuando la lleva a la feria, cuando le pide la mano y cuando intenta estrangularla en los últimos párrafos.

Circe no ha resultado ser tan Circe, aunque la rumorología le había conferido esos poderes. Confieso que las primeras veces que leí el relato me imaginé que Héctor o Rolo podían ser perfectamente ese gato que acaba tan mal como el pez que ella sentenció, con lo que Cortázar desmitifica también su capacidad adivinatoria.

«Se acordaron de un veterinario amigo, de unas hojas amargas. Optaron por dejarlo solo en el jardincito, que él mismo eligiera los pastos curativos». Obvia alusión a que Delia intentó envenenar o envenenó al gato, quizá con perejil. Así pronostico yo también la muerte de cualquiera.

¿Por qué tanto interés, entonces, en alguien como Delia Mañara? Pues porque es hermosa, distinta a las demás mujeres del pueblo, y a los hombres nos importan poco los poderes divinos y las habladerías cuando el sexo reluce (muy a lo lejos en este caso) como una dulce

promesa de coito incumplido. Y en el caso de Mario porque es la única mujer con la que podría relacionarse. ¿Quién puede convivir con alguien como Delia? Alguien que odia a los demás y se odia a sí mismo, claro.

La reacción de Delia cuando Mario coge el bombón y se lo lleva a la boca, como si estuvieran sorbiendo y degustando su propia alma, o como si realmente estuviesen envenenados (envenenados no están, Cortázar juega con el lector hasta las últimas líneas) y tuviera un especial interés en matarlo, abre los ojos al chico.

Mario comprendió que su deseo no venía de la luna, ni siquiera de Delia.

Es decir, Delia no existe; la chica por la que siente tanta atracción está alienada y su reacción, después de masticar el peculiar interior del bombón que desecha a la Circe de *la Odisea* por completo, no puede ser sino violenta, porque Mario es un tipo violento. Solo el callado interés de la familia Mañara porque la mate, evita que la mate del todo en un final de hipos, llantos entrecortados y jadeos de niño autista que fue lo que los pueblerinos debieron escuchar las otras dos veces en las que los novios entendieron que la relación planteaba algún problemilla. Es que los hombres somos lentos en darnos cuenta de estas cosas, como ya anunciaba el narrador al principio. Significación, intensidad y tensión. Ante ustedes un mistago de la palabra y la trama, el gran Cortázar.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ